

El mono que acaricia la pantalla

Sobre la serie de fotografías de Irune Jiménez Orbea 'En cualquier otro sitio'

A la hora de entrar a repensar una pieza de motivaciones artísticas, se juega en dos ligas; primero realizamos una lectura estética, y, casi siempre posteriormente, emerge una interpretación la simbólica. Algunas propuestas artísticas, por otro lado, escupen a la cara mensajes de calado social o político, descaradamente ideológicos, que suelen sobreponerse a cualquier otro tipo de lectura; son obras explícitas, como las denuncias del arte feminista, o las acusaciones de Santiagos Sierras varios. Pero no es de este último tipo la relación que el trabajo de Irune Jiménez Orbea establece con nosotros. Con su obra jugamos, elegantemente, las dos ligas del principio. Formuladas casi siempre en un tono calmo y expuestas a media penumbra, sus piezas proyectan un cierto silencio. La querencia por la iluminación tenue hace crecer sus fotografías hasta una especie de tentativa instalativa. No hay duda de que Irune apuesta por las composiciones en equilibrio, tanto en el espacio expositivo como en la propia diégesis de las obras. Es, pues, con un tipo de trabajo que favorece lecturas intuitivas, de carácter, en fin, estético.

Vayamos a por el símbolo; confieso que prefiero hablar de simbolismo para referirme a la intención medular del artista que emplear el clásico y panfletado término "mensaje". En concreto En cualquier otro sitio se compone de una serie de tres fotografías en las que se produce un diálogo turbador: es un juego de contrarios que enfrenta la majestuosidad y la simple calma cósmica del mar, con las formas forzosas de la civilización urbana. La morfología de lo cotidiano y sus objetos son motivos recurrentes dentro de la obra de Irune; asomaban elementos similares en la serie "Enfermedades domésticas", y flotan referencias constantes a lo doméstico, sus clichés y su potencial de alienación en otros trabajos.

Hablábamos que las imágenes de En cualquier otro sitio son producto de la superposición de lo natural (significado por un evocador horizonte marino) y las formas y texturas del devenir cotidiano de la vida urbana. Es evidente a que formas nos referimos (una lámpara, un sofá, una silla), pero la añadidura de la textura es más sutil. Porque a la imagen naturalista del mar, la artista le ha sobrepuesto esa misma imagen tomada a través de la pantalla de televisión. Aquí emana una de las cuestiones de principal preocupación de la serie en cualquier otro sitio: los espejismos de la realidad. O cómo absorbemos en nuestra vida diaria realidades y experiencias, sentados ante una pantalla en el sofá de casa, que son sólo simulacro. A estos simulacros nos hemos acostumbrado muy bien y hoy mismo son ya una condición fundamental en nuestra construcción cultural.

Por eso, cuando miro la serie En cualquier otro sitio me hace pensar que, más que una superposición de imágenes dos índoles (la naturaleza contra la artificialidad de lo cotidiano) lo que hay es una victoria: el simulacro ha vencido a la experiencia real.

Ahondando en el significado de los símbolos, caemos en la cuenta de que el dialogo que propone En cualquier otro sitio, enfrenta dos conceptos de calado metafísico: la libertad contra la esclavitud del individuo. Como bien dice la propia Irune sobre sus piezas, insuflan "la sensación de que nuestra vida no es suficiente". Pienso que esa sensación de cierta vaciedad está directamente relacionada con la experiencia a través del simulacro, y con una imposibilidad de acceder a la naturaleza. Ortega y Gasset lo vio venir y disertó ampliamente sobre esta imposibilidad, culpando directamente a la noción de Progreso.

Confinados en unos límites, no sabemos muy bien porqué, nos vemos incapaces de romperlos y reunirnos con la naturaleza y con nuestro yo primitivo. Somos como el mono que acaricia la pantalla que emite imágenes de la jungla. Ya no es posible volver.

Mery Cuesta